

PRÓLOGO de DIEGO HIDALGO**ENTRE LA RELIGIÓN Y LA POLÍTICA de SALVATORE COPPOLA**

Salvatore Coppola ha tenido la gentileza de ofrecerme la posibilidad de escribir un breve prólogo como editor con Silvia Tedesco de este libro en la Editorial Siddharth Mehta. Me siento muy orgulloso de tener la oportunidad de hacerlo. Aun sin ser historiador ni especialista *Entre la religión y la política. I rapporti della Santa Sede con Italia, Germania e Spagna (1929-1945)* me parece apasionante.

Muchos historiadores coincidirían en que parece aventurado examinar y valorar los papados más recientes. Sin embargo, en los albores del siglo XXI, tenemos una distancia suficiente para poner en perspectiva los papados de los cardenales Ratti y Pacelli, Pío XI y Pío XII. El libro de Coppola los analiza magistral y rigurosamente, basándose en una vasta documentación que ha estudiado a fondo escogiendo las fuentes que ha considerado más fidedignas y de mayor relieve. Y los examina en su faceta más álgida: la de las relaciones que el Vaticano mantuvo con los regímenes totalitarios de Mussolini, Hitler y Franco.

No hay duda de que tras la Primera Guerra Mundial, los papados de Pío XI y Pío XII al cubrir el periodo de entre guerras y la Segunda Guerra Mundial coincidieron con un período negro para la humanidad, que terminó con una catástrofe, y que permitió el establecimiento de una arquitectura de gobierno mundial que, aunque ya inadaptada a los problemas globales del siglo XXI, aún perdura. En ese sentido la relación entre ambos papas y los dictadores responsables de la tragedia que vivieron las generaciones inmediatamente anteriores a las nuestras constituyen un campo de estudio trascendental y apasionante. Este campo ha sido abordado por Salvatore Coppola con dos cualidades difíciles de reunir en un libro como éste: rigor y amenidad.

Pienso que el tema es interesante para muchísima gente y me trae recuerdos de mi infancia, pues mis padres eran personas informadas e interesadas y a una edad muy temprana desarrollé una gran avidez por escuchar de ellos la historia de los años anteriores a los que estábamos viviendo.

Mi padre, Diego Hidalgo Durán, era “católico-apostólico romano” según decía en su testamento, aunque perteneció a un partido anticlerical, y tuvo un papel importante en la Historia de España en los 1930s, periodo central de este libro. Respetó la figura del papa, y recuerdo que discutí con él la lección que recibí en el colegio sobre la infalibilidad papal y no la rebatió con demasiado vigor. Mi madre, judía nacida en Alemania donde vivió los primeros dieciséis años de su vida, se comprometió a educar a sus hijos en la fe católica, y cumplió su compromiso fielmente aunque me hizo muchas matizaciones a las lecciones de religión e historia que yo recibía. Estas lecciones eran un producto de la doctrina franquista, filosofía escolástica vertebrada por Santo Tomás de Aquino, y la prominencia obtenida por sectores muy tradicionales de la Iglesia Católica amparada por el Concordato.

Mi madre siempre reprochó a Pío XII su pasividad ante el holocausto, y tenía mejor opinión de Pío XI. Desde niño yo tuve referencias de los acontecimientos terribles que, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, estaban ocurriendo en la Alemania nazi. Mi madre, aunque reacia a enseñarme a hablar alemán, me enseñó algunas palabras, y tal vez entre las primeras incluyeron “*Mit Brennender Sorge*”, la Encíclica de Pío XI que tanto contrarió a Hitler; ella pensaba que Pío XI podía haber sido un baluarte moral más sólido que su sucesor. Aparte de las reticencias maternas, a

mi, Pío XII me parecía una figura poco humana, poco cercana, a pesar de ser glorificado por la prensa de los tiempos de Franco y venerado por el resto de mi familia. Cuando murió, me pareció que con Juan XXIII llegaba un soplo de aire fresco a Roma y al mundo.

Creo que este estereotipo, esta visión simplificada de la valentía de Pío XI y de que Pío XII podría haber hecho mucho más para evitar los crímenes de guerra y contra la Humanidad cometidos por el régimen nazi y el fascismo italiano, es generalmente compartida por mi generación, sobre todo entre los sectores laicos e informados. La lectura de este libro, aun confirmando en gran parte esta visión, aporta unas matizaciones considerables, y los blancos y negros adoptan el grado de gris que corresponde a uno y a otro Papa.

Aunque Salvatore Coppola habla bien el español ha elegido, lógicamente, escribir su obra en italiano. Estoy seguro de que el libro tendrá gran interés y excelente acogida en Italia, pero no es menos cierto que resulta especialmente interesante para un lector español. Me ha parecido, además, trascendente el capítulo en el que el autor aborda las difíciles conversaciones entre Yanguas Messía -con Serrano Súñer en el trasfondo- Franco y el Vaticano sobre los procedimientos de nombramiento de obispos y los juramentos de lealtad de éstos a Franco y al régimen. Y las intrigas que se organizaron en torno al cardenal Vidal y Barraquer, sobre el que yo apenas sabía nada, y el del cardenal Segura, cuyos ecos recuerdo muy bien.

Para Franco, sometido a los vaivenes de la Segunda Guerra Mundial, estas conversaciones eran esenciales, no sólo porque eran un potencial para cimentar su apoyo interno en España y su legitimidad sino porque podían ser factor determinante en la supervivencia de su régimen incluso en el caso de victoria aliada, como al final, en efecto, acabó ocurriendo. Se ha especulado mucho con los factores que mantuvieron al régimen franquista incólume tras el final de la Segunda Guerra Mundial. Muchos señalan el apoyo de Eisenhower y de Estados Unidos al bastión anticomunista que representaba Franco, pero éste vino sólo a partir de 1953. Otros, no sin razones, apuntan a la sagaz decisión de Franco de mantener la neutralidad o "no beligerancia" incluso bajo la enorme presión de Hitler en su encuentro de Hendaya en 1940, con 400.000 tropas alemanas en la frontera franco-española. El libro de Salvatore Coppola añade elementos de juicio muy interesantes para intentar llegar a una conclusión convincente.

Además de sentir satisfacción como editor auguro al lector unas horas placenteras de lectura de las que saldrá enriquecido.

Diego Hidalgo
Madrid, mayo de 2007